

Dios y la ciencia

Agustín Udías, S.J. *

Un «best-seller» controvertido

CON el título de *Dieu et la science* se publicó en abril del año pasado un pequeño libro cuyos autores son Jean Guitton, Grichka Bogdanov e Igor Bogdanov (Bernard Grasset, París, 1991, 195 págs.). El libro podría haber pasado desapercibido, si no fuera por su inesperado éxito editorial. En pocas semanas las ventas superaron los 300.000 ejemplares, se mantuvo en primer lugar de la lista de «best-sellers» en Francia durante más de 15 semanas consecutivas y continúa entre los 10 primeros desde hace más de 20 semanas. Este solo hecho ya merecería que le dedicásemos un poco de atención. No es corriente que un libro de esta temática tenga un éxito tan grande. Tendríamos que recordar el éxito a nivel mundial del libro de Stephen W. Hawking, *Historia del tiempo*, publicado en 1988. Pero Hawking es una autoridad reconocida en el campo de la cosmología cuántica y la física teórica, mientras que los autores del libro francés son dos vulgarizadores de la ciencia, sólo conocidos en Francia por sus apariciones en la televisión y cuyos méritos académicos incluso han sido puestos en duda y un filósofo que, aunque famoso discípulo de Bergson y miembro de la Academia,

* Catedrático de Geofísica, Universidad Complutense. Madrid.

ya ha cumplido los 90 años. Algo de común tienen, sin embargo, los dos libros que quizás no sea ajeno a la popularidad que han obtenido. Los dos hablan de Dios y la ciencia. En efecto, en la introducción al libro de Hawking, Carl Sagan afirma que «también se trata de un libro acerca de Dios, o quizás acerca de la ausencia de Dios. La palabra Dios llena estas páginas»; y el mismo Hawking, al final del capítulo 8, concluye diciendo: «pero si el universo es realmente autocontenido... ¿qué lugar queda, entonces, para un creador?» El libro de Guitton y los hermanos Bogdanov llega a la conclusión contraria: el universo tal como nos lo describe la cosmología moderna no es comprensible sin un Dios trascendente creador. Más aún, Dios mismo aparece casi como en continuidad con el conocimiento científico moderno.

No es extraño que, debido al enorme éxito editorial, el libro de Guitton y los hermanos Bogdanov haya suscitado toda clase de reacciones, desde la imputación de plagio, con respecto a ciertas partes de las presentaciones popularizadas de la cosmología moderna, a las descalificaciones totales tanto en su aspecto científico como filosófico. Especialmente negativos son los comentarios aparecidos en la revista *La Recherche* (noviembre, 1991, V. 22) desde el punto de vista de la teología, de la física cuántica y de la biología, firmados por F. Russo (jesuita), E. Giacobino y S. Reynaud (físicos) y A. Danchin (biólogo). La obra es tratada como una vasta y hábil mistificación en la que la física cuántica es maltratada y en la que abundan las especulaciones marginales y las afirmaciones erróneas. También negativa es la recensión del padre Valadier aparecida en *El Ciervo* (octubre, 1991), quien afirma que «sin duda el libro debe su éxito a que aporta respuestas simplistas a preguntas difíciles». Muy crítico también es M. de Heaulme en *Etudes* (diciembre, 1991) quien lo ve cuestionable, tanto en su aspecto científico como filosófico o teológico con el peligro de conducir al lector a un concordismo devastador y a una imagen de Dios inmanentista, aunque ve también aspectos positivos como el que el libro saque a la luz pública este tipo de problemática. Por otro lado, es positiva la reseña de A. M. Arruti en *Nueva Revista* (noviembre, 1991) quien no entra en el análisis de los contenidos, pero ve en ellos un diálogo constructivo entre ciencia y religión.

El indudable éxito del libro y la polémica que ha suscitado merece que le dediquemos un breve comentario. El libro está compuesto de una introducción, una advertencia, nueve capítulos y un epílogo. Su estructura literaria es la de un diálogo en el que se van turnando los tres autores. Guitton aporta los comentarios de índole filosófica a las presentaciones de los hermanos Bogdanov de los temas científicos. Si uno lee detenidamente la introducción y la advertencia encontrará ya en ellas muchos de los puntos cuestionables que serán desarrollados en los capítulos siguientes. Ante el contraste irreconciliable entre espiritualismo y materialismo, entre idealismo y realismo, los autores afirman que es posible plantear

hoy un nuevo punto de vista, el «metarrealismo», que representa la síntesis de estos extremos opuestos. Lo asombroso es que esta síntesis nos viene de la mano de la física cuántica, que según los autores nos trae una nueva representación del mundo, que toca de manera sorprendente a la Trascendencia. Según ellos, la teoría cuántica y la cosmología moderna nos llevan hasta casi «rozar el enigma más fundamental del espíritu humano, la existencia de un Ser trascendente, a la vez causa y sentido del universo». Dios mismo se encuentra «casi visible» en la realidad que describe el físico. Esta continuidad o casi continuidad entre física y trascendencia permitirá, «debido a los nuevos progresos de la ciencia, entrever una alianza posible, una convergencia todavía oscura entre el saber físico y el conocimiento teológico, entre ciencia y el misterio supremo». Ante estas afirmaciones en las primeras páginas no nos puede extrañar el desarrollo de los siguientes capítulos.

Desde el punto de vista ya indicado, se enfocan los nueve capítulos del libro, que tratan sucesivamente los siguientes temas: el origen del universo en la gran explosión primordial, el misterio del origen de la vida, el problema del azar y la necesidad, la constitución de la materia por partículas elementales cada vez más evasivas, la realidad y los campos físicos, la presencia del espíritu en la materia, la interpretación de la física cuántica y los universos divergentes, la imagen de Dios presente en toda la realidad y la síntesis final del metarrealismo. No vale la pena entrar en el rigor científico con que se presentan los datos de la ciencia moderna que se aducen en cada caso. Los hermanos Bogdanov son más popularizadores de la ciencia que científicos y el libro no va dirigido a especialistas, sino al público general. Si realmente hay fallos en detalles concretos, como indican algunas reseñas, es deplorable, pero en realidad no afectan al fondo de la cuestión. La pregunta que debemos hacernos es si realmente la ciencia moderna, la física cuántica, la cosmología y la biología molecular descubren de alguna manera la presencia de un Ser trascendente, origen y sentido de la realidad, como pretenden los autores.

¿A Dios por la ciencia?

LOS autores piensan que es posible descubrir una trascendencia en continuidad de alguna manera con el conocimiento de las ciencias. Esto constituye el punto central del libro. Esta continuidad, sin embargo, queda en forma un tanto ambigua, a veces presentada muy claramente,

mientras que en algunas ocasiones se precisa que la trascendencia misma queda fuera del campo estricto de la ciencia. Esta ambigüedad constituye, a nuestro parecer, el punto más cuestionable, ya que la impresión general que se saca es que los autores apuestan por la interpretación más fuerte de la continuidad. Sin embargo, difícilmente puede admitirse que exista dicha continuidad, ya que las ciencias mismas sólo nos ofrecen un modelo físico y por lo tanto siempre revisable de la realidad y no la realidad misma. Toda interpretación filosófica de los resultados de la ciencia debe pasar por una sana epistemología crítica. Por otro lado, tampoco puede decirse que el universo de la física cuántica esté más cercano a Dios que el de la física clásica. Al fin y al cabo, Newton mismo pensaba que un universo mecanicista representaba mejor la omnipresencia y poder de Dios que el deducido de la física aristotélica. En este sentido, pues, la física cuántica no aventaja a la clásica. Ni la física, ni la cosmología, sean del tipo que sean, conducen necesariamente a una respuesta, ni afirmativa ni negativa, sobre la existencia de Dios.

Tanto Guittou y los hermanos Bogdanov, por un lado, como Hawking, por el otro, extrapolan indebidamente los resultados de la ciencia. La acción creadora de Dios no es, desde las teorías científicas, ni captable ni negable, ya que no se encuentra al nivel de las interacciones físicas. Dios es sólo alcanzable por la respuesta de la fe, aunque ésta sea un obsequio razonable, o por la razón metafísica como último fundamento de toda existencia. Los misterios de la naturaleza que nos van descubriendo las ciencias nos pueden llevar hacia la luz del misterio de Dios o nos pueden dejar en la oscuridad de la respuesta agnóstica. Ellos solos no nos llevan necesariamente a ninguno de los dos tipos de respuesta. En este sentido, la ciencia moderna, y en concreto la física cuántica, no es distinta de la clásica. Otra cosa es tomar pie de la descripción que las ciencias nos ofrecen hoy del universo para una reflexión filosófica trascendente o religiosa. Sólo tomadas en este sentido serían válidas algunas de las reflexiones de este libro.

Otro tema cuestionable se sitúa en torno a la afirmación de que espíritu y materia forman una sola realidad. Lo sorprendente está no en la afirmación misma, que puede ser justificada desde otros presupuestos, sino que ésta se pueda apoyar en la ciencia moderna y en concreto en la física cuántica. Es difícil entender cómo se puede afirmar que los resultados de la ciencia moderna por primera vez nos dan los medios para hacer la síntesis entre materialismo y espiritualismo, para reconciliar el idealismo y el realismo. El nivel del espíritu no es alcanzable por la física. No será de la mano de la mecánica cuántica como encontraremos una conciencia oculta en la materia. Aunque estemos de acuerdo con Teilhard de Chardin —al que Guittou cita a menudo— en afirmar una presencia del espíritu en la materia, no es esto algo que se deduzca de los resultados de la física moderna. Sea cual sea la interpretación de la física cuántica que prefiramos, nos mantendremos siempre al nivel de las interacciones físicas y no del espíritu.

Diálogo ciencia-religión

A pesar de los reparos expuestos a la tesis fundamental del libro, no creo que se pueda hablar, como lo hacen algunos comentarios, de una «vasta y hábil mistificación». Leyendo algunas reseñas podría parecer que lo que más ha extrañado es su gran éxito popular. El libro tiene también aspectos positivos como es el plantear el problema de Dios a partir de una reflexión sobre la ciencia moderna. Se puede no estar de acuerdo con la propuesta «continuidad» entre física y trascendencia o con la interpretación que se hace de algunos resultados de las ciencias, en particular de la física cuántica, pero la problemática sigue estando presente. Los resultados de la ciencia algo nos dicen sobre la realidad del mundo en que vivimos y pueden ser elementos en una reflexión sobre Dios. El mismo Guitton nos dice al final de su «advertencia» que, aunque Dios no es el objeto de una demostración, sí se puede buscar un punto de apoyo científico a los conceptos propuestos por la religión y un verdadero diálogo puede comenzar, por fin, entre Dios y la ciencia. Si esto nos parece, todavía, demasiado fuerte, creo que todos podemos aceptar que sería muy fructífero e importante que desde la propia autonomía se establezca un diálogo sincero entre ciencia y religión.

Prueba de la actualidad de este diálogo son los libros publicados en los últimos años sobre el tema de la relación entre religión y ciencia. Citaré algunos de los más recientes y significativos. Una colección de artículos de especialistas en el tema, procedentes tanto del campo científico como el teológico y fruto de unas jornadas organizadas por el Observatorio Vaticano, es: R. J. Russell, W. R. Stoeger y G. V. Coyne: *Physics, Philosophy and Theology. A common quest for understanding*, Vatican Observatory, 1988. En este volumen aparecen artículos tan sugerentes como I. G. Barbour, «Modos de relacionar ciencia y teología»; M. Heller, «Racionalidad científica y logos cristiano»; W. R. Stoeger, «Cosmología contemporánea y sus implicaciones en el diálogo Ciencia-religión» y R. J. Russell, «Física cuántica en la perspectiva filosófica y teológica». Todos los temas están tratados con gran rigor tanto científico como filosófico y teológico. La complicada historia de las relaciones entre ciencia y religión está ampliamente documentada por J. H. Brooke, *Science and Religion. Some historical perspectives* (Cambridge University Press, 1991). El autor pone de manifiesto cómo es históricamente incorrecto reducir esta relación, tanto a una serie de conflictos, como a una continua armonía. Las consecuencias del progreso científico moderno en la religión están tratados por I. G. Barbour, *Religion in an age of science* (Harper and Row, S. Francisco, 1990). Testimonios personales de 15 científicos respecto a sus creencias religiosas están recogidos en Nevill Mott, *Can Scientists believe? Some examples of the attitude of scientists to*

religion» (James and James, Londres, 1991). El editor profesor Mott es premio Nobel de Física 1977 y su interés por la relación entre ciencia y religión empezó a raíz de una invitación a dar una charla en la Iglesia Universitaria de Cambridge. Las implicaciones de la cosmología moderna en la fe religiosa, sobre todo en el problema de la creación, es el tema de W. B. Drees, *Beyond the Big Bang. Quantum cosmologies and God* (Open Court, La Salle, 1990). En castellano un librito recoge las conferencias de un ciclo sobre ciencia y religión celebrado, en 1991, en Madrid: S. L. Jaki, C. Sánchez del Río, J. A. Janik, J. A. Gonzalo y M. Artigas, *Física y religión en perspectiva*, (Rialp, Madrid, 1991). Este es uno de los pocos libros en castellano sobre este tema, lo que contrasta con la amplia producción en otros idiomas, sobre todo en inglés.

Como puede verse, tanto por el éxito del libro reseñado como por las citadas obras recientes, el tema de las relaciones entre ciencia y religión sigue despertando interés. No puede ser menos, pues se trata de las dos cuestiones fundamentales del hombre ante la contemplación del mundo que le rodea. Las respuestas de la ciencia y de la religión no se pueden mantener totalmente aisladas, como si se tratara de dos lenguajes distintos que nunca se entrecruzan. Después de todo, es el mismo hombre el que hace ciencia y cree en Dios, y es el mismo universo el que es objeto del conocimiento científico y de la consideración religiosa. Por eso, aun respetando la total integridad de ambos lenguajes, éstos tienen que tenerse recíprocamente en cuenta y participar en un diálogo fecundo entre sí. En este diálogo, se han de evitar tanto las descalificaciones arbitrarias como los engañosos concordismos.